

Encantos y Temores

por Sebastián Salazar Bondy

Hé retornado al Cuzco después de largos años y mi visión de la irrememorial ciudad se ha enriquecido esta vez con nuevas y emotivas impresiones. También es cierto, apresiones que antes no tuve han dado a esta imagen un particular carácter dramático. Contra el tiempo y los infortunios, la capital incaica sobrevive doiente a los flagelos, y por entre los estigmas de la catástrofe su rostro pétreo y dorado se trasunta aún vivo y magnífico. No obstante, nadie que ame este hermoso rincón del Perú, esta cauda inmortal del esplendor antiguo, puede sustraerse a la insistente idea de que el Cuzco transcurre bajo la amenaza de una lenta, penosa y casi imperceptible disolución. Apenas se distinguen en sus calles, plazas, palacios y templos los esfuerzos para poner en pie todo lo que el cruento sismo de 1950 echó por tierra y parece que la laxitud y la conformidad ganaran cada día más el espíritu de quienes debieran velar sin reposo por la conservación y el mantenimiento de las innumerables riquezas de arte e historia que en la ciudad se guardan.

Desde el momento que el avión se cierce sobre el cielo cuzqueño, luego de haber franqueado los glaciales imperecederos y dejado atrás los apretados macizos de la cordillera, emana de este valle de plenitudes agrícolas una especie de hábito seductor e imponderable. Privilegiado corte de verdor, granero infinito, todo parece existir aquí con alegría e impaciencia. Se explica bien el viajero, al arribar, que los antiguos quechuas consideraran sagrada esta abertura frutal y que en su hondón, como una sólida ara de gratitud a los dioses, a la naturaleza, establecieran piedra sobre piedra el eje del mundo.

La ciudad, a la cual los conquistadores españoles añadieron la gracia del encaje barroco que contrasta con la dura eternidad de los restos incaicos, dice bien pronto de su señorío, porque ofrece sin demora la raíz misma de su singularidad. El Cuzco es indio por donde se lo mire. La Colonia yuxtapuso sobre los muros de hierática intensidad cierta deleznable decoración que tiembla imprecisa sobre el granito. Sólo algunas iglesias expresan que el hombre blanco también estuvo entañado con la tierra y el paisaje del medio, pero este testimonio no denomina la totalidad del estrato español. El Cuzco colonial tiene un signo de transitoriedad que no se compadece con el Cuzco quechua, y me temo que, a despecho de tantas conclusiones a como se ha llegado en la reflexión, no se produjo, ni se producirá jamás, la

fusión de una y otra arquitectura, de uno y otro espíritu.

Lo que lamentablemente puede suceder es otro fenómeno que ya apunta entre los escombros: la mistificación, el fraude artístico, la pérdida de ambas señas del pasado bajo el alud de lo mal llamado moderno. Ese moderno que se complace en socavar la verdad del Cuzco inundando sus calles con burdas imitaciones de lo incaico y lo español o colocando aquí y allá edificios de corte contemporáneo de dudosa eficacia. Estas heridas las soporta la ciudad sin protestas. Inclusive, lo que es ciertamente inexplicable, con el regocijo de muchos. Y sólo la insensibilidad más oscura o el interés más innoble puede inspirar tal actitud. El Cuzco es el Cuzco por lo que posee de originalidad en su grandeza, y cada violencia que se le inflige —por no decir cada crimen que se comete con su fisonomía— es un atentado contra el país y su más enorgullecedor patrimonio.

Para saber qué opina la población del trance por el que atraviesa la ciudad, es necesario consultar al hombre de la calle, inquirir por su juicio. No se tendrá otra respuesta que la queja más airada. El cuzqueño es un buen concededor de la tradición que ha heredado y tiene conciencia de los deberes que le corresponden como guardador de los monumentos que la historia le ha legado, pero está convencido de que la terrible burocracia en la que se ha disuelto el impulso inicial de restauración y los imperiosos egoísmos que se hallan en juego le impiden manifestar libre y ejecutivamente sus ideas de respeto al espíritu que debe pervivir entre las memorables piedras de su ciudad.

Todavía se está a tiempo para evitar que el caos posea al Cuzco y lo destruya. Urge unificar la acción en forma tal que la remodelación y reconstrucción se realicen dentro de un plan técnico, paralelo al de fomento industrial y agrícola. Urge también organizar de modo científico el turismo, por ahora sujeto a los azares más insólitos. Urge, por fin, reconocer que todo lo que se haga para devolver a la ciudad su prestigio, día a día mellado por la improvisación que ha hecho presa de todas las soluciones del gran problema que ella implica, es obra nacional. No hay manera de contener, ante la vista del Cuzco, ante las graves comprobaciones que se hacen en cada estación del recorrido turístico, el justificado temor de perder para siempre toda la enorme y majestuosa herencia que la capital de los Incas representa.